

Comentemos la forma. El paisaje de la huerta, ya lo dijimos, es rico en éllas, lo ha puesto bien de relieve nuestras someras referencias literarias. Son formas cercanas a las que la mirada se engancha y en las que nuestro intelecto se sacia de lo concreto, casi palpable. Si esta abundancia y concreción de las formas la unimos a la intensidad y calidad de los colores y recordamos la experiencia del psicodiagnóstico de *Rorschach* se reforzará nuestro concepto del paisaje de Murcia, como paisaje de adaptación: ni de una frialdad intelectual por el franco predominio de la forma ni incitador de una intensa afectividad, que estimulada de manera no estridente por el verde y el azul, se sofrena además, por la forma. Podría discutirse si nuestro paisaje es de color-forma o de forma-color; a mí me parece más bien esto último. En todo caso, paisaje estimulador de una rica afectividad, pero con rigurosa atención a la realidad.

Por último la dimensionalidad. Si en Castilla no hay curvas, en Murcia no hay lejanías. Me parece indudable que a la mirada habitual del hombre de la huerta, y es esta la que nos interesa, no hay lejanías. O los árboles o los cañares o alguna casa detendrán la mirada a no muchos metros. Tercer corolario: el paisaje de Murcia no es dinámico, no excita la voluntad, no provoca ansias de dominio espacial ni temporal. Es verdad, como decía *Tornel* que sobre él «las tibias auras se duermen».

Si sustituímos la mirada cercana, a ras de tierra, por la remota, dentro de las lógicas proporciones el problema es análogo: la gran llanura verde destacando en el secano captará nuestra mirada y nuestra alma en la belleza colorista y recordada de su mancha. Pronto por el Sur tropezará con los montes que la cierran desde Carrascoy a Columares y por el Norte con la barrera de las Sierras de Orihuela, de Ricote, de la Pila, y que no queden por mencionar las suaves colinas de

